

# Sección internacional

## ASUNTOS GENERALES

### Versalles: desencuentro de siete

Los días 5 y 6 de junio pasados tuvo lugar la octava reunión "en la cumbre" de los jefes de Estado y Gobierno de los países capitalistas industrializados. La junta correspondiente al presente año se realizó en Versalles, ciudad de menos de 100 000 habitantes, cercana a París, en el famoso palacio edificado por Luis XIV en el siglo XVII. De la misma manera que en las reuniones cimeras anteriores, participaron los siete mayores países capitalistas industrializados y asistieron representantes de la CEE. La junta económica fue seguida, pocos días más tarde, por la conferencia de la OTAN, realizada en Bonn el 10 y el 11 de junio.

Las últimas reuniones cimeras se caracterizaron por el enfrentamiento acerca de estrategias divergentes entre Estados Unidos y Europa Occidental. En la reunión de Ottawa, realizada el año pasado, las diferencias se hicieron particularmente evidentes con respecto a la política monetaria de Estados Unidos y, en especial, a las altas tasas de interés aplicadas por este

país, que tienden a profundizar la agobiante recesión económica mundial y dificultan las posibles políticas de reactivación. En Ottawa, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, prometió que dichas tasas bajarían y esa promesa hizo más fáciles las conversaciones entre los máximos dirigentes del mundo capitalista. En Versalles, en cambio, las diferencias se agudizaron, la crisis se profundizó, la recuperación se hace más difícil y Estados Unidos no ha cumplido con su promesa de bajar las tasas de interés. En consecuencia, el ambiente previo a la conferencia era de abierto escepticismo.

La disputa por las políticas monetarias y económicas esconden divergencias sobre estrategias de fondo. Para Europa Occidental, la recesión es, en gran parte, el resultado de una gran anarquía económica que requiere organizar una cooperación internacional para impedir un empeoramiento de la crisis. La posición de Francia es que la denominada tercera revolución tecnológica debe proporcionar el impulso necesario para el desarrollo, y para ello se hace indispensable la intervención estatal. Jacques Attali, el principal asesor económico del presidente François Mitterrand, cree que es imprescindible definir los medios que aseguren dicha cooperación. En el pensamiento del gobierno socialista francés se trata de saber si cada país está dispuesto a aplicar los cambios tecnológicos necesarios para adaptar la industria a los nuevos requerimientos, y si esa aplicación va a ser concertada o librada a una competencia entre los países con capacidad para participar en ella. La aplicación

de la nueva tecnología tendría que realizarse sobre la base de una verdadera cooperación internacional, para lograr un desarrollo industrial equilibrado y estable. La cooperación tendría necesariamente que incluir al Tercer Mundo, tal y como lo ha venido sosteniendo Francia desde la reunión de Cancún. La política francesa consiste, en síntesis, en asociar al Tercer Mundo al "atlantismo" de los países capitalistas desarrollados, para evitar que el subdesarrollo los aproxime al bloque soviético.<sup>1</sup> Para la RFA el acuerdo internacional es imprescindible, pero el gobierno de ese país se inclina por una política más ortodoxa, pese a que igualmente ataca las elevadas tasas de interés estadounidenses. Del conjunto de problemas en discusión, la RFA pone el acento sobre la distensión y la preservación del comercio Este-Oeste, imprescindible para la recuperación y la prosperidad germano-occidentales. Francia, en cambio, desde sus posiciones de mayor acercamiento al Tercer Mundo, sigue —al mismo tiempo— una firme política contra la Unión Soviética.

Según Estados Unidos, la recesión sólo puede superarse mediante el libre comercio y la acción del mercado, pero esta posición está entrelazada con una firme

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

1. Véase "Cancún: la 'magia del mercado' y la realidad del subdesarrollo", *Comercio Exterior*, vol. 31, núm. 11, México, noviembre de 1981, pp. 1287-1292. Para un examen de la posición de Francia frente al Tercer Mundo, véase "Horizons européens pour le Tiers Monde", en *Le Nouvel Observateur*, París, 24 de octubre de 1981.

política tendiente a aislar a la URSS para obligarla a aceptar las "reglas del juego" que prevalecen en las relaciones entre los países capitalistas industrializados. Como se podrá apreciar mediante el análisis de los temas tratados en Versalles y de las posiciones ahí esgrimidas, esas relaciones implican para Estados Unidos la aceptación de su hegemonía política económica y militar, objetivo al cual están subordinados todos los demás.

No obstante, Estados Unidos no pudo imponer plenamente sus objetivos a sus aliados, y éstos, a su vez, no consiguieron modificar la posición de Washington. Esta situación ya se había presentado en la reunión cimera de Ottawa, pero en esta oportunidad las divergencias se agravaron rápidamente ni bien terminó la conferencia. La imposibilidad de llegar a un acuerdo, salvo el que puede ser impuesto por la fuerza de las políticas desplegadas por Estados Unidos, deja abierto el camino para que cada una de las naciones capitalistas industrializadas se dé un margen propio para solucionar sus problemas, lo que puede llegar a alentar el proteccionismo y las aventuras políticas. Al término de la reunión de Versalles, la sensación inevitable es que el mundo está en una situación en la que es cada vez más difícil controlar las tensiones.

#### *Economía y política; recesión y proteccionismo*

La OCDE estimó en su último informe, de julio de 1982, que los 24 países que la integran tendrán una recuperación desusadamente lenta en lo que resta de 1982 y durante 1983, pero lo más inquietante es que esa débil recuperación será muy breve si no se consigue restablecer la confianza y no se eliminan restricciones a las inversiones. De cualquier manera, las inversiones no se acrecentarán de una manera importante, porque seguramente se mantendrán elevadas las tasas de interés. Según la OCDE, la actividad económica ya comenzó a mejorar en Europa y Japón y se espera que ocurra algo similar en Estados Unidos en la segunda mitad del año. La estimación del crecimiento del PNB de los países de la OCDE para 1983 es de 2.5% en comparación con 0.5% en 1982 y 1.2% en 1981. La recuperación de 1983 se podría caracterizar por un incremento del PNB de 2% en Estados Unidos (receso de 1.5% en 1982), de 2.5% en Europa occidental (1.5% en 1982) y de 4% en Japón (2% en 1982). El déficit en cuenta corriente de los países capitalistas industrializados, que fue

en 1981 de 30 000 millones de dólares, podría haber disminuido a 10 000 o 15 000 millones de dólares en 1982 debido a la reducción de la renta petrolera percibida por los países productores y registrará pocos cambios en 1983.

Los pronósticos para Estados Unidos difieren según las fuentes. El gobierno estadounidense prevé una recuperación considerable en 1983, pero la OCDE es mucho menos optimista, debido en parte a las consecuencias de las restricciones monetarias establecidas para luchar contra la inflación. Según la misma organización, las modificaciones en las prioridades presupuestarias estaban destinadas a favorecer la inversión frente al consumo y a reducir el peso del sector público, pero sus resultados no fueron los previstos. El déficit presupuestario inicial, calculado en 91 000 millones de dólares, será de 147 000 millones y probablemente el desempleo en 1983 sea apenas inferior al de 1982 (9.8 contra 10 por ciento). La inflación será menor, pero sólo por el debilitamiento de la producción y la demanda.

En la RFA las perspectivas no son promisorias. Las nuevas órdenes para la industria cayeron 10% en el último año y las exportaciones están empezando a debilitarse, aunque a fin de año el país todavía podría tener un superávit comercial de alrededor de 20 000 millones de dólares. La inversión se retrae y el gasto de los consumidores es muy cauto. Desde el punto de vista político, el gobierno socialdemócrata de Helmut Schmidt ha perdido posiciones en la cámara alta, a raíz de las elecciones en Hamburgo. Esa tendencia podría indicar un futuro mayor poder de la derecha demócrata cristiana, pero los socialdemócratas se han debilitado, en realidad, por el auge que alcanzaron en los sectores juveniles los movimientos pacifistas antinucleares, partidarios crecientes de una posición de neutralidad.

En la reunión cimera, los germano-occidentales buscaron obtener concesiones monetarias de Estados Unidos, tendientes a limitar las fluctuaciones del dólar. La RFA también desea una mayor apertura del mercado japonés, que sólo podría obtenerse si este último país moderara sus barreras proteccionistas. Por último, la RFA se opone con vehemencia a la política de "línea dura" de Ronald Reagan con la URSS. La oposición germano-occidental al boicot económico y a la limitación de créditos a los soviéticos es una defensa esencial para que su

economía no entre en una situación agudamente recesiva.

El gobierno socialista francés había prometido a su electorado sacar a la economía de la recesión. La actividad económica no ha empeorado, pero el aumento de los precios llegó a un ritmo anual de 14%, la desocupación afecta a más de dos millones de trabajadores y a mediados de 1982 el salario real había caído 18% con relación al año pasado. El alza interna de los costos está limitando la capacidad competitiva francesa en el mercado mundial y ésta es la mayor amenaza que se cierne sobre su economía. Por ese motivo, Francia pretende ganar mercados en el Tercer Mundo, a la vez que el gobierno socialista se manifestó dispuesto a acentuar las medidas de austeridad. La propaganda francesa en favor del Tercer Mundo choca, en los hechos, con sus intereses coloniales en África, que la han llevado, entre otras cosas, a respaldar la posición británica en la cuestión de las Malvinas.

El gobierno italiano no puede poner en marcha una política de austeridad por la renovada fuerza de los sindicatos. La inflación alcanza 15% y la posición italiana en el mercado mundial se debilita. La producción industrial sólo se recuperará en alguna medida el próximo año y el desempleo es del orden de 11%. El gobierno está políticamente débil y las últimas elecciones mostraron un retroceso de la democracia cristiana.

En el Reino Unido, la guerra del Atlántico Sur complicó los esfuerzos por salir de la recesión y contener el gasto. No obstante, oficialmente se espera una expansión de 1% en 1982 y una mayor reactivación el próximo año. La tasa de inflación, que había llegado a 20% en 1980, podría ser de 10% al fin de este año y seguiría descendiendo en 1983. La desocupación es de 12 por ciento.

Japón, como siempre, es un caso aparte. Sus dificultades presentes son relativamente menores que las de otros países capitalistas industrializados. El ritmo de desarrollo se ha vuelto más lento, pero existen expectativas de que el comercio con su área de influencia (el sudeste asiático) se incremente de modo notable en relación con las perspectivas del comercio mundial. Vista desde otro ángulo, la forzada reducción del crecimiento de sus exportaciones al mercado estadounidense puede interpretarse como cierto acorralamiento en el mercado asiático y una inci-

piente muestra de lo que podrían ser los bloques regionales de comercio, en el caso de que las presiones proteccionistas se intensificaran como consecuencia de una eventual profundización de la recesión. Japón desea que Estados Unidos baje sus tasas de interés y reduzca sus gastos presupuestarios, pero no puede ejercer una firme presión en este sentido porque, en parte, su rápido desarrollo se debe a la relativa debilidad de las inversiones encaminadas al sector militar, las que puede descuidar gracias al armamentismo estadounidense. Se criticó al gobierno de Tokio por sus reiteradas políticas de restricción a las importaciones y a las inversiones extranjeras, que conducen a elevados saldos favorables en los pagos. No obstante, el yen se ha debilitado considerablemente frente al dólar, y su valor no se deterioró más por la continuada intervención del Banco de Japón. Lo más notable es la política japonesa sobre la tasa de interés, que apenas estaba en 4.8% en mayo pasado, en términos reales. Las autoridades japonesas han prometido no ensanchar la brecha de sus tasas de interés con respecto a las que prevalecen en la mayor parte del mundo capitalista, y afirman que existe una efectiva elevación de dichas tasas debido a la menor inflación. Al respecto, señalan que la tasa real de interés era de sólo 1.5% en marzo de 1981. La baja tasa de interés permitió continuar con las inversiones productivas, pero los japoneses temen que el mantenimiento en el largo plazo de las altas tasas en Estados Unidos deteriore sus posibilidades futuras. Lo más notable en el desarrollo a largo plazo de Japón es que su ingreso per cápita a fin de siglo llegará a 21 200 dólares, frente a 17 000 de Estados Unidos, por lo que se convertirá en el país de mayores ingresos individuales. Una proyección reciente señala que los países capitalistas industrializados, que en 1980 generaban cerca de 62% del producto mundial, descenderán a 58% en el año 2000. La reducción porcentual tendrá una excepción: Japón, que pasará de 10% del producto mundial en 1980 a 13% en 2000, mientras que Estados Unidos descenderá de cerca de 22 a 19 por ciento y la CEE y el resto de los países capitalistas industrializados pasarán de 30 a 26 por ciento. La misma proyección señala un pequeño retroceso relativo de los países socialistas de Europa (incluida la URSS), que pasarán de 18.6 a 18 por ciento. Este retroceso será en parte compensado por el avance relativo de China, que se elevará de 4.6 a 5 por ciento. Los países subdesarrollados aumentarán su participación en el producto mundial

de 15 a 19 por ciento. Esta tendencia no es tan clara, sin embargo, en la relación producto-población, si se tiene en cuenta que los países capitalistas industrializados perderán casi 3 puntos en su porcentaje de la población mundial, que pasará de 16.5 a 13.2. Lo mismo sucederá con los países socialistas de Europa, que perderán cerca de dos puntos (de 9.1 a 7.4) y con China, que pasará de 21.4 a 20. En cambio, los países subdesarrollados aumentarán su participación de 53 a 59.5 por ciento de la población mundial.

Resulta interesante destacar que, a partir de las cifras indicadas, la proyección para el año 2000 muestra que los ingresos per cápita de los países capitalistas industrializados y el bloque socialista (menos China) crecerán poco más de 80%. Entre los primeros, sin embargo, habrá notables diferencias: Estados Unidos crecerá 69%, los otros países capitalistas industrializados menos Japón avanzarán 68% y éste crecerá 140%. Los países subdesarrollados avanzarán 71% y China un poco menos de 60%<sup>2</sup>

Dejando de lado las proyecciones a largo plazo, que confirman el avance japonés, el mundo se enfrentará en lo inmediato a graves amenazas. Una de las más peligrosas es el proteccionismo en escala mundial y las tensiones sociales, sin que se tenga una clara visión acerca del momento en que la recesión podría ceder. En Versalles, Francia insistió en un acuerdo monetario que incluyera el compromiso estadounidense de impedir grandes fluctuaciones del dólar, pero Estados Unidos es remiso a ese acuerdo. En contrapartida, el secretario del Tesoro estadounidense, Donald Regan, propuso la creación de un grupo de trabajo dentro del FMI para estudiar procedimientos de intervención concertada en los mecanismos monetarios. Si bien la propuesta no incluye una solución inmediata al problema de las tasas de interés, por lo menos dio cierta esperanza de concertación a los países europeos y a Japón. La propuesta de vigilancia reforzada multilateral es preocupante para el Tercer Mundo, porque éste puede verse obligado a aceptar políticas estabilizadoras más estrictas, las que hasta el momento, se han mostrado incapaces para resolver los problemas del subdesarrollo. Es más, dichas políticas pueden precipitar un endeudamiento mayor que podría conducir

2. Véase "Japan's per capita GNP will top U.S. in 2000", en *The Japan Economic Journal*, Tokio, 26 de enero de 1982.

a un colapso financiero, o a una recesión más profunda.

El Comité coordinador internacional propuesto por Estados Unidos estará integrado por los ministros de finanzas y los presidentes de los bancos centrales de los siete grandes. En realidad, el plan fue elaborado por el FMI en Helsinki, en mayo pasado, sobre la base de una propuesta realizada por Henry Kissinger unos años atrás. La concertación monetaria y crediticia, de las tasas de interés y de los planes de estabilización, significa una administración de la crisis por las naciones industrializadas, que inevitablemente tenderá a reducir las perspectivas del crecimiento económico.

Un problema clave de la reunión fue el del proteccionismo. Estados Unidos desea extender la acción del GATT a nuevas áreas y, sobre todo, liberalizar el comercio para las industrias de alta tecnología, aunque —según los europeos— el bloqueo tecnológico a la URSS atenta precisamente contra el desarrollo del mercado libre en esa área. La ofensiva anti-proteccionista de Estados Unidos tiende, también, a liberalizar el comercio agrícola con Europa y Japón, un objetivo que encuentra grandes resistencias del otro lado del Atlántico. Las resistencias europeas se deben a que, en medio de la recesión, se hace difícil reducir las defensas frente a la competencia, pero Estados Unidos parece resuelto a llevar una política muy dura en ese sentido; la decisión de gravar el acero importado proveniente de Europa Occidental, con el argumento de que esas exportaciones están subsidiadas, revela hasta qué punto son arduos los acuerdos, a pesar de la reunión de Versalles.

#### *La política monetaria en Estados Unidos y la tasa de interés*

En la primera semana de junio, mientras se realizaba la conferencia de Versalles, las *prime rate* de interés de Estados Unidos estaban en más de 16%, mientras que la inflación —medida sobre la base de los precios al consumidor— de abril de 1981 a abril de 1982 era de 6.6%. Las altas tasas de interés se sostienen por la demanda de crédito, en gran parte proveniente del gobierno, y por la política monetaria en general. Ésta ha dado lugar a un mercado especulativo secundario de los bonos que ha alcanzado una gran extensión. El movimiento especulativo de títulos se infla continuamente, ha afectado a algunos bancos y amenaza provocar nuevas y más graves quiebras, no sólo en las institu-

ciones pequeñas y medianas. Las altas tasas de interés deprimen las ganancias empresariales y, con ellas, la inversión. Al mismo tiempo, esas tasas imponen una pesada hipoteca a los países subdesarrollados, cuya deuda total, de más de 500 000 millones de dólares, se considera virtualmente incobrable, por lo menos en buena parte. La gran inversión de capitales en el mercado financiero ocasiona recesión, pero consolida una transformación en los negocios por medio de la concentración y por los métodos del mercado. En virtud de esa filosofía, de que la decantación debe producirse por la concentración y el poder económico, Estados Unidos sostiene su política monetaria, que tendría que contribuir —junto con el esfuerzo armamentista— a reforzar su hegemonía frente a competidores que no cuentan con recursos de capital de esa magnitud.

Esa política obstruye el crecimiento de los competidores, y de ahí la reacción europea contra la estrategia estadounidense. Sin embargo, esa oposición no tiene la misma intensidad en todos los casos. Francia, comprometida en la actual etapa con una política de mayor intervencionismo estatal, es la más interesada en lograr una reducción de las tasas estadounidenses, a la vez que partidaria poco ferviente de los planes de estabilización ortodoxos. La RFA, en cambio, aun con su gobierno socialdemócrata, cuestiona el elevado nivel de las tasas, pero no renuncia a las políticas de estabilización, porque su industria se transforma mediante similares mecanismos de mercado.

Japón por su parte, con un mercado financiero muy protegido y una política dirigista, impone una eficiente renovación industrial que posiblemente lo lleve al primer lugar mundial en los próximos veinte años en industrias de avanzada. Con su eficiencia industrial y un alto grado de proteccionismo, sustenta su filosofía económica con un acopio de divisas suficiente para hacer frente a la amenaza desestabilizadora de las altas tasas de interés en Estados Unidos. Por otro lado, la concertación interna, la elevada productividad y los niveles salariales relativamente bajos hacen más atractivas las inversiones industriales que la búsqueda de rentas financieras.

En Estados Unidos, la política monetaria está conducida por la Reserva Federal y su director, Paul A. Volcker. Dentro de la concepción monetarista, la reducción de las tasas sólo podría sobrevenir como cul-

minación de una reducción de la inflación, que indicaría —a su vez— una mayor eficiencia productiva capaz de elevar la competitividad de la industria. Sin embargo, el largo período de altas tasas de interés retrasa la recuperación y mantiene bajo el gasto de consumo, evitando que se revierta la situación de receso en la producción industrial general. De esa manera, no se vislumbra el final de la recesión, y menos con las actuales perspectivas presupuestarias. Para hacer frente a los gastos del presupuesto, habida cuenta de que los ingresos tributarios son todavía bajos por efectos de la recesión, el gobierno deberá incrementar aún más su deuda, recurriendo al mercado de capitales, lo cual, a su vez, mantendrá las tasas de interés elevadas y retardará la recuperación o la moderará. *Business Week*<sup>3</sup> estima que dicha recuperación será similar a la de 1975 (que se caracterizó por su brevedad y porque no desaparecieron las presiones inflacionarias) y que la *prime rate* podría descender apenas a 14% para fin de año.

#### *Los conflictos en la alianza occidental y la relación con la URSS*

Ronald Reagan llegó a Versalles con una misión casi imposible: pedir a Europa Occidental que acepte los sacrificios económicos derivados de la política monetaria interna de Estados Unidos y de la estrategia global tendiente a aislar económicamente a la URSS, lo que implica, en primer lugar, tratar de anular el proyecto del gasoducto eurosoviético. A ello deben agregarse las presiones para que los aliados aumenten sus gastos militares. Lo imposible de la misión consistía en que, a cambio de tales exigencias, no había casi ningún tipo de concesiones. De antemano, podía preverse que la conferencia cimera concluyera con divisiones más agudas en el seno de la alianza atlántica que las que existían antes del encuentro. Estados Unidos estaba dispuesto a renovar las promesas no cumplidas de Ottawa (la baja de la tasa de interés). Empero, el problema para Europa Occidental es que, en las nuevas condiciones de confrontación internacional, no existen casi márgenes para reactivar su producción industrial. Cercenada una parte del mercado socialista, con una débil demanda de importaciones provenientes del Tercer Mundo y con la inestabilidad financiera en curso, Europa podría quedar atrás en la futura reactivación, cuya oportuni-

dad va a estar fijada por el gobierno estadounidense. De ahí que la mayoría de los países europeos, y sobre todo la RFA, se aferre al mantenimiento de la distensión. Por ese motivo, Ronald Reagan tuvo que dar la impresión de cambiar de política, proponiendo a Leonid Brezhnev un plan de reducción de ojivas nucleares y de cohetes intercontinentales. Si la propuesta resultara completamente inaceptable para la URSS, habría razones para suponer que se trató de una táctica para ganar tiempo, dado que —entretanto— la política de bloques se reforzó con el ingreso de España en la OTAN.<sup>4</sup>

Asimismo, Estados Unidos desea regular el flujo internacional de capitales para promover las inversiones, poniendo una barrera a las nacionalizaciones o a las trabas a la inversión privada. En el plano del comercio, el gobierno de Ronald Reagan busca una mayor liberalización. Las resistencias a estas posiciones no son parejas. Algunos países europeos y Japón resisten la ofensiva contra la posibilidad de utilizar medidas de corte dirigista. La liberalización del comercio, en cambio, es de naturaleza más compleja y, se enfrenta a resistencias más firmes. Por supuesto, ninguno de estos objetivos tiene en cuenta las necesidades específicas de los países subdesarrollados. El propósito estadounidense de liberalizar el comercio y las inversiones no va acompañado de una propuesta de acciones más o menos drásticas para reorganizar el sistema monetario internacional. En el transcurso de la reunión, para que Estados Unidos accediera a encarar cierto control en esta área, sus aliados tuvieron que aceptar limitaciones al comercio con la URSS. La estrategia de Estados Unidos se basa en la creencia de que la URSS está pasando por una grave crisis económica, pero sus aliados temen que las medidas no sean realmente eficaces, que sólo se deteriore la distensión y que, en definitiva, sea Europa Occidental la perjudicada. En ese sentido, la política de Estados Unidos parece encaminada tanto contra la URSS como contra la competencia de sus propios aliados, y esta sospecha crece aceleradamente en Europa.

A su vez, Estados Unidos reprochó a Europa los créditos preferenciales y la transferencia de tecnología a la URSS. En el plano militar, los objetivos estadounidenses son más aceptables para Europa: el

3. Véase "Interest rates are still the villain", en *Business Week*, Nueva York, 28 de junio de 1982.

4. Véase José Manuel Fortuny, "Reagan ante la inquietud europea", *Uno más Uno*, México, 3 de junio de 1982.

incremento del arsenal nuclear cuenta con el pleno apoyo del Reino Unido, Francia y la RFA, aunque esta última trata de combinar el reforzamiento militar de Occidente con negociaciones más amplias para asegurar el éxito de la distensión. La peculiaridad de Francia reside en que su actual gobierno socialista procura que la solidaridad occidental frente a la URSS se vuelva más firme con la inclusión del Tercer Mundo en un plan de desarrollo económico. Según François Mitterrand, de otra manera Estados Unidos podría verse condenado a un aislamiento cada vez mayor. La debilidad de Europa frente a Estados Unidos no reside sólo en la superioridad tecnológica, en la magnitud de los capitales y en la fuerza militar de este último país, sino en las divisiones internas. No todos los países europeos plantean el mismo tipo de reclamos, o bien no ponen el mismo énfasis en los distintos puntos que los separan de Estados Unidos. En momentos en que se desarrollaba la conferencia de Versalles, el Reino Unido estaba en plena disputa con la mayoría de sus socios de la CEE por la cuestión de los subsidios agrícolas. La Gran Bretaña los vetó pero la CEE, finalmente, los aprobó.

Antes de la reunión, Francia había elaborado un plan de acción de 45 puntos, para un nuevo modelo de crecimiento destinado a superar la crisis y el desempleo. Mitterrand se lo presentó a Ronald Reagan en vísperas de la reunión, pero Estados Unidos no lo respaldó. Sin ese apoyo, no había posibilidad de ninguna estrategia global opuesta a la decidida por Estados Unidos. En lo que atañe a sus reivindicaciones más sentidas, Francia es posiblemente el país más preocupado por las altas tasas de interés y el más interesado en lograr algún tipo de control sobre el mercado cambiario internacional. Si no hubiera un mínimo control, los franceses podrían llegar a considerar el retiro del franco del Sistema Monetario Europeo, por la inestabilidad de los tipos de cambio. Esa medida implicaría una devaluación aún más profunda de la moneda francesa.

Canadá también afronta graves problemas por la inestabilidad cambiaria y la revaluación del dólar, y asimismo apoya a Francia en la búsqueda de un plan internacional de desarrollo que comprenda negociaciones globales con el Tercer Mundo. Francia y Canadá están especialmente interesados en un desarrollo económico mundial más democrático (en lo que atañe a la participación del Tercer Mundo),

en función de las posibilidades que ello ofrecería a sus industrias, que no están preparadas para una competencia ceñida exclusivamente a la alta tecnología, como sería el caso si el desarrollo futuro tuviera un carácter mucho más restringido.

La RFA, en cambio, está menos inquieta por el Tercer Mundo que por la relación económica Este-Oeste. En Versalles se opuso a un aumento de los intereses en los créditos a los soviéticos, así como a suprimir las garantías gubernamentales a los créditos privados con el mismo destino. Para los germano-occidentales, la primera condición para no afectar la distensión es no crear nuevas tensiones económicas y comerciales.

#### *El desarrollo de la reunión y sus resultados formales*

En Versalles, las naciones capitalistas industrializadas se comprometieron formalmente a emprender acciones urgentes para salir de la crisis económica y a adoptar políticas convergentes para lograr una evolución más ordenada del sistema monetario internacional, lo que incluiría la intervención en los mercados cambiarios. El compromiso de Estados Unidos a actuar de alguna manera en ese sentido fue tomado como contrapartida del compromiso de que sus aliados llegaran a un acuerdo para limitar los créditos en las exportaciones a la URSS, lo que se concretaría, en un primer momento, en el intercambio de información en el seno de la OCDE sobre el comercio con el Este. Los acuerdos incluyen el propósito de crear una comisión de estudios dentro del FMI, formada por los siete grandes países industrializados, tendiente a organizar la política monetaria mundial. Estados Unidos fue el impulsor de esta propuesta, que contó con el pleno apoyo de la Gran Bretaña. Los otros, sobre todo Francia, recibieron la propuesta con cierta frialdad, debido a que la resolución implica permitir la supervisión de sus propias políticas monetarias y disponerse a ajustarlas o coordinarlas con las que en los hechos dicte Estados Unidos. Vale la pena destacar que el Secretario del Tesoro estadounidense negó que este acuerdo signifique un cambio en la política monetaria de su país.

Francia, por su parte, logró que se aprobara una comisión especial de ocho miembros destinada a marcar prioridades en el plan global de desarrollo presentado por Mitterrand. La comisión también podría analizar el problema del traspaso de

tecnología a los países del Tercer Mundo y la abolición de prácticas monopolistas en el mercado mundial de tecnología.

La declaración final parte del lugar común de que los participantes "comprenden" la situación económica mundial y acuerdan determinados objetivos para superarla. En su enunciado de deseos, los siete afirman que sólo la reducción de la inflación puede conducir a un crecimiento económico firme y a un incremento del empleo. Aquel logro fortalecería la seguridad, la confianza en la democracia y preservará la herencia cultural. Para lograr que tales objetivos sean durables, se enfatiza la necesidad de lograr un previo éxito en la lucha contra la inflación, único medio que ayudaría a reducir las tasas de interés y a estabilizar los tipos de cambio. La reducción de la inflación requiere, a su vez, políticas monetarias prudentes y un mayor control del déficit presupuestario, aunado a una más amplia cooperación económica y monetaria. Dentro de esta propuesta, es imprescindible lograr un crecimiento del comercio mundial, objetivo que sólo puede obtenerse fortaleciendo el sistema multilateral abierto y reforzando al GATT. La cooperación con los países subdesarrollados debe hacerse mediante el afianzamiento del sistema multilateral de comercio. Dentro del mundo subdesarrollado, el comunicado plantea la imprescindible necesidad de expandir el comercio con las nuevas naciones industrializadas. Las relaciones con el mundo socialista deben vincularse a los intereses políticos y de seguridad del bloque occidental, lo que implica aumentar el control de las exportaciones de bienes estratégicos, acentuar la información recíproca con respecto a este comercio y ejercer una política prudente, tendiente a limitar los créditos.

Los siete grandes estuvieron de acuerdo en que el crecimiento de los países subdesarrollados es vital para el bienestar mundial, por lo que aceptarán iniciar las negociaciones globales acordadas en Cancún siempre y cuando se asegure la independencia de criterio de las agencias y organismos especializados (es decir, el FMI, el Banco Mundial y el GATT, entre otros). Los siete se comprometieron a efectuar consultas con las naciones pobres sobre la base del último proyecto de resolución del Grupo de los 77. El Banco Mundial tratará de contrarrestar las oscilaciones en el ingreso por exportaciones de los países subdesarrollados mediante nuevos estímulos a la inversión privada, que deben

incluir arreglos para ampliar las garantías a este tipo de inversores. Se pondrá especial énfasis en el aumento de la producción de alimentos y de energía y en el control demográfico. Los problemas de balanza de pagos podrán afrontarse con aumentos en las cuotas del FMI, que se discutirán en la reunión anual de la entidad, en septiembre próximo. En el campo de la tecnología, la declaración reconoce la necesidad de incorporar las innovaciones y difundirlas, para lo cual se creará una comisión de trabajo que deberá producir un informe a fin de año, con el propósito de que pueda ser considerado por los siete en su reunión cumbre de 1983, que se llevará a cabo en Estados Unidos.

Con respecto a la energía, la declaración de los siete, como era de esperar, no se caracterizó por la psicosis de los precios del petróleo, a los que antaño se les adjudicó la responsabilidad de la crisis y que actualmente se encuentran en baja (a pesar de lo cual la crisis tiene menos posibilidades de resolverse que antes). Al respecto, en Versalles se afirmó que es menester seguir economizando energía, utilizando para ello el mecanismo de los precios y promoviendo otras fuentes, para reducir la vulnerabilidad ante posibles cortes en el suministro de petróleo.

Los siete se obligaron a: 1) estabilizar el sistema monetario internacional en forma conjunta; 2) resaltar la autoridad monetaria del FMI; 3) cooperar más con este organismo y ampliar su capacidad de vigilancia; 4) no usar las variaciones en los tipos de cambio para procurarse ventajas comparativas, y 5) aceptar la posibilidad de recurrir a mecanismos de intervención en los tipos de cambio para contrarrestar desórdenes monetarios.<sup>5</sup>

#### *Los hechos inmediatos posteriores a la junta*

Las desintelencias entre los siete se agudizaron después de la reunión. Estados Unidos impuso una sobretasa arancelaria a los aceros importados desde Europa Occidental, alentó la exportación de textiles de Hong Kong contra la competencia europea, prosiguió con las políticas de aumento de las tasas de interés y de revaluación del dólar frente a las monedas europeas y extendió el embargo tecnológi-

co a la URSS fuera de su territorio, abarcando a las empresas estadounidenses instaladas en Europa, que en lo sucesivo estarán sujetas a penalidades en Estados Unidos si consienten en que se use su tecnología en exportaciones a la URSS. Esta última medida está encaminada a boicotear el gasoducto o, por lo menos, a postergarlo.

El establecimiento de impuestos suplementarios a la importación de aceros provenientes de Europa contradice abiertamente el compromiso tomado por Estados Unidos en Versalles de respetar y fomentar el libre comercio, según los europeos. Las reacciones de la CEE fueron tan graves, que la reunión del organismo en Bruselas el 28 de junio de 1982 se caracterizó por las críticas al gobierno de Ronald Reagan. Los países más perjudicados por los impuestos al acero son Francia, Bélgica e Italia. En un informe que circuló entre los dirigentes europeos, se afirmaba que la política estadounidense adolece de una falta total de reflexión.

Algunos dirigentes europeos esgrimieron la amenaza de que la CEE llegara a boicotear la conferencia del GATT de noviembre próximo. Gastón Thorn, presidente de la Comisión Europea, órgano ejecutivo de la CEE, dijo que "si un país cree que puede interpretar de manera unilateral las reglas del GATT, habrá que hacerle comprender que entonces se tiene el derecho de cuestionar la utilidad de ese organismo".<sup>6</sup>

La CEE, a su vez, había restringido la importación de gluten de maíz proveniente de Estados Unidos, pero la medida fue anulada por la enérgica reacción de este último país. Por último está la prohibición del uso de tecnología estadounidense en la construcción del gasoducto europeo, que mereció incluso las más acerbas críticas de Margaret Thatcher, invariablemente coludida con Ronald Reagan.

François Mitterrand dejó entrever que las decisiones estadounidenses cuestionaban el espíritu de Versalles, porque implicaban una guerra económica no sólo contra la URSS sino contra Europa. En realidad, así como Reagan apoyó la política del gobierno conservador de Thatcher en el caso de las Malvinas, parece buscar un debilitamiento del programa socialista en Francia, dentro de su cruzada encaminada a pro-

mover los gobiernos conservadores.<sup>7</sup> La política estadounidense contra la URSS y quizá también la que aplica en el Cercano y Medio Oriente (con respecto a la energía) pareciera buscar el propósito de limitar las posibilidades soviéticas y, además, de hacer más dependiente a Europa de Estados Unidos. En realidad, Europa no tiene demasiadas armas para una guerra comercial con Estados Unidos, por lo que podría pensarse que sus dirigentes tratarán de agotar las vías diplomáticas para resolver las cuestiones más irritantes, aunque no puede descartarse que —si continúan los enfrentamientos— pudiera llegarse a un debilitamiento en los acuerdos políticos globales.<sup>8</sup>

La renuncia de Alexander Haig al cargo de Secretario de Estado de Estados Unidos y su remplazo por George Shultz tendrá, indudablemente, alguna influencia sobre estas cuestiones. Shultz forma parte del grupo Morgan y del imperio mundial de construcciones Bechtel, con grandes intereses en Arabia Saudita y con una política similar a Caspar Weinberger, secretario de Defensa, que se afirma en la necesidad de contar con buenas relaciones con los árabes para lograr un mejor control del Cercano y Medio Oriente. Haig fue el mayor sostenedor de la política expansionista de Israel pero, por otro lado, no estaba de acuerdo con llevar la injerencia estadounidense en Europa hasta el punto de prohibir la venta de tecnología a la URSS por las subsidiarias de su país en el viejo continente, aunque no por ello era más conciliador con la URSS. A partir de la designación de Schultz se puede prever un mayor acercamiento con los árabes, pero no está tan claro que su presencia sirva para endurecer aún más las relaciones con la URSS, como lo sugieren algunas declaraciones soviéticas, y menos que empeoren las relaciones con Europa, como aseguran ciertos comentaristas, quienes señalan que Haig buscó siempre la colaboración estrecha con los europeos. En realidad, es prematuro formular conjeturas de este tipo, pero no hay que olvidar que Schultz tuvo vínculos con la Trilateral y que su política debería teóricamente incluir la preocupa-

7. Véase el discurso completo de Ronald Reagan proponiendo una "cruzada" en favor de su concepción de la democracia en "Text of President Reagan's Address to Parliament on Promoting Democracy", en *The New York Times*, Nueva York, 9 de junio de 1982.

8. Véase Roger Priouret, "Reagan contre l'Europe", y François Schlosser, "Les dix se rebiffent", en *Le Nouvel Observateur*, París, 3 a 9 de julio de 1982.

5. Véase el texto completo del comunicado en "Text of Communiqué Issued after the Versailles Conference", en *The New York Times*, Nueva York, 7 de junio de 1982.

6. Véase "Posible boicot de la CEE a la próxima reunión del GATT", *Uno más Uno*, México, 4 de julio de 1982.

ción por lograr un mayor acuerdo con Europa y Japón. La confrontación con la URSS podría mantenerse o acentuarse, pero por vías menos explosivas, aunque las posiciones dentro del gobierno de Ronald Reagan —sobre todo en cuanto a los métodos— distan de ser uniformes. En lo que concierne a Europa, en todo caso, es posible que el nuevo Secretario de Estado no manifieste una posición tan abiertamente pro-británica como la de Haig, según la famosa definición de la embajadora de Estados Unidos en la ONU, Jeanne Kirkpatrick, que había llegado a calificar a Haig y a sus ayudantes como "británicos disfrazados de estadounidenses", en ocasión del conflicto armado por las Malvinas.

#### *El gasoducto euro-siberiano*

El proyecto de colaboración económica entre Europa Occidental y la URSS más resistido en Estados Unidos es el del gasoducto que alimentará con fluido soviético al continente europeo. Para el año 2000, los yacimientos siberianos podrían proveer 40 000 millones de metros cúbicos de gas anuales a Europa Occidental. De este total, 12 000 millones están destinados a la RFA y 8 000 millones a Francia, y quedan 20 000 millones a disposición de Italia, Holanda, Austria, Bélgica, Suecia y España. La exportación de gas procedente de la URSS puede empezar en 1985 con fluido proveniente de Ucrania y Asia Central, porque los yacimientos de Yamal no han comenzado a explotarse y el gasoducto se encuentra en construcción, pero a partir de 1988 podría llegar a Europa el gas siberiano. El costo se calcula de 10 000 a 15 000 millones de dólares a precios actuales y existe financiación de Europa Occidental y Japón. Una vez concluidas las obras, los europeos recibirán gas en pago de los créditos.

Los contratos y los préstamos más grandes corresponden a la RFA, que es el país que con más vehemencia se opone a las restricciones estadounidenses, señalando —de paso— que el gobierno de Ronald Reagan no adopta similar conducta para las exportaciones de granos, necesarias para fortalecer la balanza de pagos de Estados Unidos. De la misma manera, el Reino Unido tomó una actitud inusualmente crítica frente a la posición estadounidense, a tal punto que el Ministerio de Comercio de ese país ha dicho que "la aplicación de una ley de Estados Unidos fuera de su jurisdicción es inaceptable". También Japón criticó el objetivo estadounidense de bloquear las ventas de tecnología para la explotación y transporte

de gas natural proveniente de la URSS. Japón tiene un proyecto conjunto con este último país para extraer petróleo de la Isla Sajalín; tanto los empresarios como el gobierno se han opuesto a interrumpirlo, y el Ministerio de Comercio Exterior e Industria habría asegurado que Japón no debe apoyar el corte de las exportaciones a la URSS de productos japoneses fabricados bajo licencia estadounidense. Italia, en cambio, tiene una actitud más dubitativa. El Partido Demócrata Cristiano y el Partido Republicano son partidarios de participar en el gasoducto pero el Partido Socialista se inclina por el gas argelino, aunque éste es más caro que el soviético.

Frente al veto estadounidense, los soviéticos han redoblado sus esfuerzos para reemplazar los equipos con otros de producción soviética, y funcionarios oficiales de ese país han afirmado que —de cualquier manera— el gasoducto funcionará en el plazo previsto. La URSS produce los tubos y estaciones de bombeo, pero estas últimas son diferentes a las estadounidenses y dicho país desea contar con tecnología de esa procedencia, por motivos de costo y para incorporarla a su acervo productivo. El embargo perjudicaría a empresas de Europa Occidental, pero —si los soviéticos logran sustituir la tecnología estadounidense— podría darse la paradoja de que debido al antecedente del embargo, firmas alemanas contraten tecnología soviética para fabricar dichos equipos, con lo que el golpe se revertiría contra la administración estadounidense. Por su parte, pese a la política de Reagan de impedir la exportación de tecnología y de limitar los créditos, el 13 de julio pasado la RFA firmó un préstamo por el equivalente de 1 100 millones de dólares, destinado a la construcción del gasoducto, asestando un duro revés a la política de Estados Unidos.

#### *El Tercer Mundo y el desarrollo, el endeudamiento y los conflictos bélicos*

La presencia del subdesarrollo es siempre un molesto fantasma que merodea en las reuniones cimieras. El subdesarrollo es la gran llaga del mundo capitalista y su mayor peligro político. En la medida en que los siete grandes son los máximos dirigentes de Occidente se supone que deben tomar en sus manos la suerte de quienes sportan la marginación económica y tecnológica, el mayor peso de la recesión y, en la gran mayoría de los casos, la barbarie política. Todas las jun-

tas cimieras —invariablemente— juraron preocuparse por el Tercer Mundo. Todas ellas —no menos invariablemente— sólo hicieron declaraciones vagas y sin resultados prácticos. Sin embargo, a partir de Cancún y por presión de la crisis económica internacional, se hizo más evidente el interés de algunos países industrializados por mejorar las perspectivas de la demanda de esos mercados, en beneficio de sus propias economías, y por conjurar de alguna manera peligrosos conflictos políticos, que —en caso de concretarse— restarían margen de maniobra a las potencias menores de las siete.

No faltaron comentaristas que prometieran nuevas perspectivas de diálogo entre los industrializados y los periféricos después de Versalles. Ello se basa en que los siete aludieron con cierta condescendencia e imprecisión al documento del Grupo de los 77 en la declaración final, a partir de las presiones encabezadas por Francia y Canadá.

François Mitterrand anunció su posición frente al Tercer Mundo en la asamblea anual de la OIT, en Ginebra, muy pocos días antes de la conferencia de Versalles. Mitterrand abogó por el Nuevo Orden Económico Internacional reclamado por el Tercer Mundo y presentó un programa general de desarrollo concertado que incorporara a estos países, para evitar la competencia política de la URSS e impulsar la decidida inclinación de los países periféricos hacia Occidente, lo que revela una inquietud mucho más amplia y profunda que los estrechos puntos de vista de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Para dar énfasis a su llamado y vincular el destino del Tercer Mundo con la prosperidad de los industrializados, Mitterrand señaló que en el año transcurrido desde la reunión de Ottawa hasta la de Versalles, cinco millones de personas perdieron sus empleos en los siete países de la conferencia cimera, mientras que en el Sur murieron de inanición casi 30 millones de seres humanos.<sup>9</sup>

El centro de la cuestión son las negociaciones globales de los industrializados con el Tercer Mundo, invariablemente vetadas por Estados Unidos y la Gran Bretaña. Sin embargo, en Versalles tuvieron que aceptarlas, en función de las promesas realizadas en Cancún y en la reunión cimera

9. Véase Fausto F. Ponte, "Exhorta Mitterrand a reorganizar mercados", *Excelsior*, México, 6 de junio de 1982.

de 1981. La declaración deja abierta la posibilidad de que esas negociaciones se inicien, pero a condición de que los países subdesarrollados acepten las políticas del FMI, del Banco Mundial y del GATT.

La reunión en la cumbre no pudo realizarse en peor situación para las perspectivas del Tercer Mundo. Durante su transcurso se libraba la guerra de las Malvinas, en la que Estados Unidos apoyó abiertamente las posiciones coloniales británicas dejando por completo de lado consideraciones inherentes a la existencia de la OEA y el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca). Lo absurdo del caso es que Estados Unidos, en vísperas del conflicto, había logrado un acercamiento especial con el régimen militar argentino, utilizando al ejército de este país en la guerra de contrainsurgencia en América Central. El envío de la flota británica para terminar con la invasión argentina y la actitud de Estados Unidos colocaron a los militares derechistas en el bloque de los no alineados (al que Argentina pertenecía en teoría, pero del que los militares abominaban en los hechos) y traumatizaron las relaciones de los países latinoamericanos con Estados Unidos.

En el Cercano Oriente existían, hace 35 años, dos pueblos sin un territorio en el que asentarse, los judíos y los palestinos, a quienes las Naciones Unidas les acordó ese derecho, negado por la ocupación colonial de las potencias europeas. Los judíos lograron concretarlo en 1948, fundando el Estado de Israel después de una ardua lucha armada. Sin embargo, a partir de ese momento, un componente esencial de la política israelí fue evitar que el pueblo palestino lograra similar objetivo, que también procuraba obtener por medio de la lucha armada. Para asegurar su posición, Israel se convirtió, cada vez más, en una pieza clave de la estrategia estadounidense en el Cercano y Medio Oriente, de contención a las tendencias revolucionarias, al nacionalismo árabe y a la influencia soviética. Durante la conferencia de Versalles se produjo la invasión de Israel a Líbano, con el evidente consentimiento de Estados Unidos y con el propósito de constituir un estado títere en ese país y desalojar definitivamente a los palestinos, con la excusa de asegurar sus fronteras, agrandadas a costa de los árabes en todas las guerras anteriores de la región.<sup>10</sup> Estados

Unidos cubrió la agresión israelí con el veto en la ONU, frente a la condena casi unánime del organismo internacional.

La sustitución de Haig por Shultz podría tener alguna influencia en las situaciones creadas por dichos conflictos, dado que el nuevo Secretario de Estado tiene vinculaciones directas con los países árabes conservadores y que el alejamiento de Haig puede servir de excusa para restañar en alguna medida las relaciones con Argentina, pero en ambos casos la corrección se produce después del hecho consumado. Vale decir, después que Gran Bretaña restableció su dominio colonial en las Malvinas, en una acción de prevención y escarmiento ante posibles reivindicaciones del mismo tipo por parte del Tercer Mundo, y después que los palestinos perdieran una parte considerable de su poder militar y que, por ese motivo, puedan verse obligados a emigrar a otras tierras o, en el mejor de los casos, a constituir un gobierno en el exilio.

De una manera más general, la magnitud de la abrumadora deuda externa aparece como el principal problema del Tercer Mundo, ante el cual se pueden estrellar sus esperanzas de desarrollo. Según la OCDE, la deuda total de los países subdesarrollados a fines de 1981 era de 524 000 millones de dólares, y ha venido creciendo de tal manera que se duplicó en sólo cuatro años. En un principio, en los países capitalistas industrializados se atribuyó el vertiginoso crecimiento de la deuda al aumento del valor de las importaciones de petróleo, por el incremento de los precios. Sin embargo ese argumento es bastante endeble, dado que sólo dos de los cinco mayores clientes de la banca (que reúnen cerca de 50% de los créditos) son importadores netos de petróleo. En otro orden de cosas, el endeudamiento se contrata, cada vez más, con la banca privada, que en 1971 reunía 50% de los préstamos y diez años después había aumentado esa proporción a 66 por ciento.

Los bancos no tienen una posición uniforme frente a las posibilidades efectivas de cobro de la deuda externa, pero las posiciones optimistas, que eran mayoría hasta hace pocos meses, se van extinguiendo. Uno de los directores de la Reserva Federal de Estados Unidos planteó lisa y llanamente la posibilidad de un colapso bancario, porque el incumplimiento de uno o de

unos pocos sería apenas la ruptura de un eslabón en una larga cadena que incluye también los grandes préstamos que se hacen los bancos entre sí en el euromercado. La progresión del endeudamiento revela que éste por sí solo no sirvió para asegurar el crecimiento económico, la inversión productiva o la modernización de la industria de los países subdesarrollados, a tal punto que la mayoría de los prestatarios depende cada vez más de sus exportaciones de productos primarios, cuyos precios están en baja en el mercado mundial, en algunos casos incluso por debajo del nivel de 1950. La rápida progresión de la deuda más el aumento en la tasa de interés lleva a que cada vez se contraten más créditos para pagar intereses. En 1980, 80% de los nuevos préstamos se destinó pura y simplemente a pagar deudas. La agravación de esa tendencia puede conducir fácilmente a la cesación de pagos y de allí a quiebras en cadena.<sup>11</sup>

Los conflictos militares y la adquisición de armas por parte del Tercer Mundo aumentan dicho riesgo. El endeudamiento y las dificultades de pago harán más selectivo el mercado, incrementarán las tasas de interés y acentuarán el control político de las agencias supranacionales. Si a ello se le agrega la recesión y la caída de los precios de las materias primas, se deberá concluir que el Tercer Mundo tendrá en el futuro inmediato menos oportunidades para el desarrollo y, por consiguiente, más posibilidades de gobiernos autoritarios (al estilo de la definición de Jeanne Kirkpatrick) para imponer esas políticas. En tales condiciones, la prometida asociación para el desarrollo enarbolada en Cancún y en Versalles amenaza convertirse en una propuesta más utópica que nunca. Como después de las anteriores juntas cimera, hay que repetir lo que ya es una constante: ninguna esperanza para el Tercer Mundo.<sup>12</sup> □

Carlos Ábalo

10. Véanse "Cercano Oriente. Un conflicto de hondas raíces" y "Cercano Oriente. La economía de Israel y los cambios en la región",

primera y segunda partes, *Comercio Exterior*, vol. 28, núms. 2, 9 y 10, México, febrero, septiembre y octubre de 1978, pp. 188-192, 1101-1104 y 1234-1238.

11. Véanse Bruce Franklin, "El endeudamiento: ¿etapa superior del imperialismo?", y Melvyn Westlake, "La crisis de los bancos occidentales", en *Contextos*, México, 24 a 30 de junio de 1982. La primera fue tomada de *Monthly Review*, Nueva York, y la segunda de *The Times*, Londres.

12. Para elaborar este trabajo se obtuvo información de las siguientes fuentes: nacionales, *Excelsior*, *Uno más Uno*, *El Día* y *Contextos*; internacionales, *Business Week*, Nueva York; *Le Monde*, París; *Le Nouvel Observateur*, París; *Newsweek*, Nueva York; *The Economist*, Londres; *The Financial Times*, Londres, y *The New York Times*, Nueva York.